

• Poesía •

*Leída en la sesión solemne de la Academia N.
de Medicina la noche del 1º de Octubre de 1897.*

I

Lanzó el Creador la tierra en el vacío,
Con su mar, sus llanuras, sus montañas,
Llenó de plata y de oro sus entrañas,
E hizo después, para alumbrarla, el sol!
Después al hombre, á la mujer, y luego,
Tornóse al Cielo á contemplar su hechura;
Pero rugió Satán desde la altura,
Y á su rugido se engendró el dolor!

II

El eco en el Edén, repercutióse
De aquel grito estridente como el trueno,
Y la Serpiente penetró en el seno
Del primer hombre y la primer mujer!
Serpiente que es en el amor la duda,
Y envidia y celos en su lucha impía,
Y amargura en la crápula y la orgía,
Y hasta en las santas horas del placer!

III

¡Oh dolor! ¡Oh vergüenza! . . . El infortunio
De negruras cubriendo el Paraíso,
Hirió dos almas y al herirlas quiso
Que fuera el llanto el riego terrenal;
Y bebió de las lágrimas el bruto,
Y el ave plúmea que en los aires canta,
Y se nutrió con lágrimas la planta,
Y pan y carne devoró el mortal!

IV

La emponzoñada savia por las venas,
Caliginosa y rauda se difunde,
Y cunde el duelo y la desdicha cunde,
Sin valladar, sin norte y sin confin;
Y para dique de tan hondas penas,
Y para el colmo de tan hondos males,
El Dios que hizo á los hombres inmortales,
Cavó la tumba y condenó á morir!

V

De entonces ¡ay! la humanidad cobarde,
Miserable tiembla como al noto la hoja,
Cuando vislumbra presa de congoja,
La eternidad sin horas y sin luz!
Perdida la esperanza, extinto el fuego
Que en la ávida pupila centellea,
Y allá en la mente, lúgubre, la idea
De un ciprés, de una tumba y de una cruz!

VI

Quiere vivir, pero vivir sin límite
La vida del halago y la ventura,
Y el vértigo del alma y la locura
Apurar de una vez tras de otra vez.
Le teme del pantano á los efluvios
Que al aire van en pestilentes vahos,
Le espanta el porvenir, le espanta el caos,
Le espanta el rostro de su Eterno Juez!

VII

Teme el caer de la materia frágil
Que su altivez y su vigor quebranta,
Y miente risas y mintiendo canta
De sus cadenas al glacial rumor,

Goza sufriendo porque torpe quiere
 Su pena ahogar con embustero canto,
 Porque piensa que al fin se agota el llanto,
 Que el vivir es la muerte del dolor!

VIII

Mas llega la hora del terrible instante,
 De la amarga agonía y de la angustia,
 Y se baña en sudor la frente mustia
 Y es la vida. . . . ¡vivir! el solo afán. . . .
 ¿Qué es vivir? ¿Qué es morir? De esos misterios
 El médico no mas tiene la clave,
 ¿Es un dios ó es un mártir? Dios lo sabe.
 ¡Dios que lo lleva al seno del hogar!

IX

Él torna el bermellón al labio lívido,
 Y al ánimo retorna la confianza,
 Y en bienhechor rocío la esperanza,
 Cae sobre la flor del corazón!
 Él enciende su lámpara y camina
 La senda de su excelso ministerio,
 Y al temblar de la vida ante el misterio
 Nutre su fe y alienta su razón!

X

Eso es luchar! Entre la sombra surge
 El campeón que la batalla libra,
 El que en los hilos de los tiempos vibra
 La dura espada de la ley fatal!
 El fantasma fatídico y sombrío
 Que la ilusión en realidad convierte,
 La muerte en fin, la aterradora muerte,
 ¡El monstruo Rey de alcuernia celestial!

XI

Rey tirano, invencible y perdurable
 De alas negras y negra vestidura,

Que al borde de la helada sepultura
Entona melancólica canción;
El canto del verdugo que en la sombra
A su víctima espera descuidada,
A detenerlo en su impiedad no hay nada,
¡Nada alcanza, ni gracia ni perdón!

XII

No la inocencia de la casta virgen
Más blanca que la espuma y el armiño,
No la beldad del candoroso niño,
No el puro talismán de la virtud,
No del anciano la experiencia angusta
Que en luz perenne la ignorancia baña,
Nada detiene su fatal guadaña. . . .
¡Siempre á sus pies abierto el ataúd!

XIII

Con él se encuentra el médico, lo mira
De la alta noche en horas silenciosas,
A la hora en que en los tallos de las rosas
Abre su cáliz mórbido botón!
Entonces en el libro de lo arcano,
Estudia al borde del intacto lecho,
Mas zumba en torno el vendabal deshecho,
Y le azota en la frente el aquilón!

XIV

Cada página negra es un abismo
Como el de mar profundo y tenebroso,
En cuyas ondas tórnase en coloso
Germen vivaz atómico y sutil!
Nada importa! Al abismo, como el ancla,
Arroja la indomable inteligencia. . . .
¡Mas qué son el saber y la experiencia
Si todo cuanto nace ha de morir?

XV

¿Qué dan? Consuelo y esperanza y dicha,
Efímera ventura, mas ventura,
Y en el instante de morir, ternura
Que trueca en bien inevitable mal!
Y el médico es el mensajero, él tiene
La fe que enjuga, como el lienzo santo,
La última gota del amargo llanto
Que el párpado humedece del mortal!

XVI

Sube al palacio donde todo brilla
Como al rayo del sol diamante puro,
Él no más mira como punto oscuro
La puerta del siniestro más allá!
Y entre la luz y el esplendor del oro
Busca la vida que á la muerte azota,
Y al manantial que su corriente agota
Nuevos raudales de su linfa da!

XVII

Baja á la choza oscura donde salta
De la miseria el asqueroso enjambre,
Donde habita el sollozo y donde el hambre
Anuda el cuello en ansia y torcedor!
Allí propina el Opio y el mendrugo,
Y en cambio de su dádiva y su ciencia,
Siente un beso del cielo en la conciencia,
Un beso silencioso. . . . sin rumor!

XVIII

Entra también en los humanos pechos
Tranquilos ¡ay! como la mar en calma;
Y entra también cuando se agita el alma
Como se agita el turbulento mar!

Él es la brisa que á su soplo aquieta
La onda soberbia que su espuma tiende,
Es la piedad que cariñosa enciende
La blanca luz del sacrosanto altar!

XIX

Nadie sabe tus triunfos ¡oh, soldado
Del pensador ejército! Tú solo
Que al mundo desde un polo al otro polo
Llevas la hostia del humano bien;
Tú solo que alimentas tus dolores
En uno y otro amargo desengaño,
Fruto de aquel dolor y de aquel daño
Que enjendró la serpiente en el Edén!

XX

Gire la tierra, en tanto, en el vacío
Con su mar, sus llanuras, sus montañas,
Corra el oro y la plata en sus entrañas,
Y en lo alto brille poderoso un sol!
¡Sol de la ciencia, sol de los maestros,
Hasta el cenit para alumbrarnos sube,
Desbarata el turbión, rompe la nube. . . .
¡Tuyos son nuestra vida y nuestro amor!

JOSÉ PRÓN CONTRERAS.

